

Javier Paladines (Auriel 152136)

No sé cómo describir el personaje que interpreto ahora.

Al final del día, **yo soy eso** que tú también eres.

Sin embargo, quiero invitarte a mirar un poco del guion de mi vida; un recorrido fractal que comparto con la única intención de que encuentres en mi reflejo tu propia resonancia de como el guion se despliega ante tus ojos.

La medicina convencional dictó mi sentencia de muerte antes de que pudiera experimentar el peso de la atmósfera terrestre, nací en Quito, en mayo de 1974, bajo un pronóstico tajante: **"No pasará la noche"**, para la ciencia médica de la época, mi cuerpo era un sistema biológico defectuoso colapsando antes de tiempo.

Sin embargo, sobrevivir a esa primera noche no fue un milagro clínico; fue la primera demostración de que mi nota fundamental ya estaba afinada para sonar en una octava distinta.

Mi infancia transcurrió bajo el signo de un aislamiento profundo, marcado por una extraña condición médica.

Sufría episodios donde mi cuerpo quedaba completamente catatónico, quedaba atrapado en una parálisis absoluta, una crisálida de carne donde el único puente con el mundo exterior era el movimiento de mis ojos.

Los médicos intentaron corregir este cortocircuito con dosis masivas de medicación química, fármacos densos que me mantenían en un estado de letargo, más drogado que despierto, el sistema medico intentaba apagar la máquina en lugar de entender su frecuencia.

Sabiendo de forma intuitiva que ese no era el camino, decidí abandonar los medicamentos casi de inmediato.

A los 14 años, guiado por una brújula interna que desafiaba mi edad, aprendí a meditar, la meditación no fue un pasatiempo; fue mi tecnología de supervivencia.

En el silencio de la mente, descubrí cómo regular mi propio biocomputador, transformando esos episodios de parálisis en portales de observación profunda, mientras mi cuerpo físico callaba, mi conciencia se expandía.

Creer con esta impronta generó una distancia insalvable con el entorno, desde niño sentía una constante y profunda sensación de no pertenecer, una certeza silenciosa de ser un observador exógeno, un "extraterrestre" atrapado en las densas dinámicas de una sociedad obsesionada con las etiquetas fijas.

Mientras los jóvenes de mi edad se desvivían por encajar en la matriz social, yo observaba el comportamiento humano como quien estudia una civilización ajena.

Descubrí muy temprano que los grandes motores del mundo material —el dinero, la fama, la competencia o el deseo de conquista— me resultaban completamente ajenos e indiferentes.

No encontraba sentido en la lucha por el estatus ni en la validación externa, el colegio secundario se convirtió en una prisión de aburrimiento intolerable porque las aulas estaban diseñadas para adiestrar gladiadores sociales, no para albergar observadores.

No encajaba, así que, en lugar de forzar el molde hasta romperme, mi guion era abandonar las aulas físicas y terminar la secundaria por mi cuenta, de forma autodidacta a los 21 años.

Fue mi primer acto para aprender a pensar fuera del campo de resonancia colectiva.

El verdadero punto de quiebre fractal llegó en mi adolescencia, el universo, en su parsimoniosa arquitectura, decidió derribar todas las ilusiones de estabilidad en un solo ciclo cósmico.

Primero, experimenté una Experiencia Cercana a la Muerte.

Cruzar ese umbral modificó de forma irreversible mi sistema de diagnóstico interno, estar clínicamente del otro lado destruyó el miedo a la disolución de la materia y me otorgó el reconocimiento de que el espacio-tiempo es solo un desplazamiento de frecuencias.

Casi de inmediato, la vibración que sostiene mi clúster original a nivel sutil me fue revelada a mis 15 años: **Auriel**. Javier era el personaje para el registro civil ecuatoriano; Auriel era el personaje del observador que dictaba las líneas desde el trasfondo cósmico.

Luego la realidad física me asestó el golpe más duro: la muerte de mi padre, que pensé era mi culpa por ser oveja negra.

A mis dieciséis años, me tocó ingresar a la frialdad de la morgue para vestirlo, mientras manipulaba sus prendas y acomodaba su cuerpo inerte, ocurrió la revelación más transformadora de mi existencia: supe, con una certeza absoluta y gélida, que lo que tenía entre mis manos era solo un cascarón.

Mi padre ya no estaba ahí, aquello era solo el traje de carbono, la armadura biológica de un actor que había abandonado el escenario.

Haber visto el "cascarón" me empujó a buscar qué es lo que hace mover al cuerpo, mi primera octava profesional fue la sanación, me sumergí en el estudio de las energías sutiles y la alta ingeniería del ser, llevado por este impulso, abrí mi propia tienda naturista en Quito.

Estudí Medicina Integrativa y Acupuntura, alcancé la Maestría en Reiki, sin embargo, los flujos del mercado y las leyes de la materia son implacables; con el tiempo, mi guion dicto cerrar ese capítulo.

Buscando una nueva forma de sustento en un mundo donde el dinero nunca me importó, pero la supervivencia lo exigía, intenté dar un giro radical y abrir un negocio de comida, fue ahí donde choqué de frente con la jerarquía de las leyes cósmicas.

Forzar a mi ser a habitar un espacio y un proyecto que no vibraban con mi frecuencia original generó un cortocircuito somático.

Mis riñones, el órgano que en la medicina tradicional china resguarda la energía vital y filtra los miedos más profundos, se resintieron gravemente, mi cuerpo físico colapsó y tuve que perderlo todo: recursos, negocio y mi salud.

Fue una disolución total, una noche oscura del alma donde el personaje de Javier Paladines se quedó sin guion, despojado de cualquier certeza material.

Cuando no te queda nada, solo queda la nota fundamental de tu ser.

Desde las cenizas de la enfermedad y la quiebra, pero con la ayuda de mi madre, mi hermano mayor y mi hermana menor, decidí aprender las reglas del juego del plano más denso de la Tierra: la ley humana.

Decidí estudiar Derecho, mientras sanaba mis riñones y mi economía, me postulé y participé en un concurso de méritos y oposición para convertirme en Servidor Público, gané el concurso, asegurando un lugar dentro de la estructura del Estado.

Esta etapa fue un salto, obtuve mi título de Abogado y, cursé un MBA para descifrar la administración y me convertí en Máster en Programación Neurolingüística (PNL) y Coaching.

Muchos verían una contradicción absoluta entre el sanador místico que cerró una tienda naturista y el Abogado Servidor Público con un MBA que trabaja bajo el ala del Estado.

Pero la arquitectura del cosmos enseña que el Do suena en todas las octavas.

El universo se comunica a través de las matemáticas, así a los 42 años, en plena madurez, irrumpió en mi campo de conciencia la secuencia numérica **152136**, acoplándose a mi nombre cósmico: **Auriel 152136**.

Comprendí que esta secuencia opera como una coordenada matemática que me recordaba mi función específica en este campo de resonancia terrestre y luego un accidente de moto que fue como una prueba, me recordó que el tiempo no es lineal, un día antes del choque, visualicé el accidente en cuatro desenlaces posibles: desde la muerte hasta salir ileso.

Cuando ingresé a emergencias con un diagnóstico crítico —la tríada terrible del codo— y la amenaza real de una amputación, la angustia habitual de la matriz humana no me tocó.

Una profunda paz me habitaba, sabiendo que cada versión era solo una octava posible de la misma experiencia, me entregué al libreto cósmico bajo una premisa simple: **que se haga Su voluntad**, mi único deber era aceptar el papel asignado

Al alcanzar los 51 años, una segunda secuencia numérica complementaria se activó en mi reloj fractal, fue la orden de despliegue: el aviso de que debía unificar mis dos mundos (el denso y el sutil) en un solo argumento fractal.

De esa integración parsimoniosa nació **Nueve Semillas y Equilibrium**.

Con alguien que se resistía a ver el despliegue del guion, y tuvo un cambio radical de frecuencia, mi amada hermana menor.

Esto es solo el testimonio de alguien que pasó su infancia inmovilizado observando el mundo, que ha estado clínicamente muerto a los 15, que vistió el cascarón de su padre, que vio colapsar sus propios riñones hasta perderlo todo, y que hoy opera las leyes de la República mientras sintoniza las frecuencias del universo.

El juego del actor

Hoy comprendo que "todo está escrito" hasta este personaje que interpreto hoy, las máscaras del abogado, del servidor público, del MBA y del acupunturista no son contradicciones; son los diferentes roles que el guion cósmico me asignó para poder sembrar ideas en diferentes terrenos.

No reclamo ninguna autoridad externa, solo interpreto, simplemente mi guion, mi personaje Auriel 152136: un observador exógeno que entendió que la vida no se trata de encajar en la Tierra, sino de interpretar el rol asignado con total entrega, ayudando a otros a encontrar una manera más armoniosa de habitar el misterio.

P.D.: En el preciso instante en que mi personaje traza estas líneas, me encuentro transitando la intersección de mi Mahadasha de Rahu-Saturno y mi Sade Sati.

El observador está desmantelando los últimos disfraces del cascarón Javier.